



IGLESIA CATEDRAL EN MADRID (1).

I.

1518—1623.



ábase que el proyecto de erigir en Madrid una catedral, ó por lo menos de ampliar, restaurar y consagrar á este objeto la antiquísima iglesia parroquial de Santa Maria de la Almudena, que los fervorosos historiadores de Madrid suponen fue colegiata en remotos siglos, cuando segun ellos era Madrid obispado, data de los tiempos del emperador Carlos V,

quien, deseoso de restituir á su villa favorita la silla episcopal, segregando de las rentas del arzobispado de Toledo las pertenecientes á Madrid, ganó bula al efecto del sumo pontífice Leon X, espedita en 23 de julio de 1518, por la cual cometió su santidad el conocimiento de esta causa al cardenal Adriano Florencio (que despues ocupó la silla pontificia), al nuncio de su santidad, obispo de Cosencia, y á D. Alonso Manrique, obispo de Ciudad-Rodrigo; los cuales, habiendo meditado y conferenciado largamente sobre este punto, se pusieron primero de parte de su aprobacion; pero vencidos despues por la poderosa influencia y oposicion del cardenal arzobispo de Toledo Guillermo de Croy, disuadieron del intento al emperador, y el proyecto quedó en tal estado.

Renovóse, sin embargo, un siglo despues, en el rei-

nado del Sr. D. Felipe III, quien al efecto obtuvo nueva bula de la santidad de Clemente VIII, y nombrados los jueces eclesiásticos que entendiesen en su cumplimiento, tambien se estrellaron sus esfuerzos en la invencible oposicion del cardenal D. Bernardo de Sandoval y Roxas arzobispo de Toledo, que consiguió aplazarle por entonces, contra la voluntad espresa del rey.

Ultimamente, en el reinado de su hijo y sucesor D. Felipe IV, se dió un paso mas en este desgraciado negocio. La reina D.ª Isabel de Borbon, especialísima devota de nuestra Señora de la Almudena, hallándose en el último término de su preñez, en 12 de noviembre de 1623, otorgó su testamento, en el cual, entre otra cosas, mandaba erigir en Madrid una iglesia colegial dedicada á la virgen de la Almudena, dotándola con sesenta mil ducados para cógrua de sus ministros ó beneficiados; y habiendo ofrecido la villa de Madrid y con destino á la fábrica del templo, ciento cincuenta mil ducados, respondió S. M.: «Admito el servicio que me hace la villa, como no sea de sisas ni tributos cargados á mis vasallos.»

Felipe IV, además, empeñado en llevar á cabo este pensamiento, nombró una junta compuesta del patriarca de las Indias y comisario de Cruzada D. Diego de Guzman; D. Andrés Pacheco, obispo de Segovia y Cuenca, inquisidor general y consejero de Estado; el cardenal D. Antonio de Zapata, arzobispo de Búrgos y del mismo consejo; Alvaro Bustos de Villegas, gobernador del de Castilla; D. Diego de Castejon y Gomera, obispo de Lugo, y otros del consejo y cámara de Castilla; los cuales, despues de conferenciar largamente y consultar con los demás prelados españoles sobre las dificultades que seguia oponiendo la primada de Toledo, por no desmembrar sus rentas, convinieron en que se levantase la iglesia, trayendo de cada una de las de España dos prebendas con las rentas asignadas á ellas, y que esta iglesia quedase subordinada á la de Toledo.

Llamáronse luego arquitectos y alarifes para que levantasen los planos de un suntuoso templo, como convenia á la importancia del objeto y á la majestad de la córte española; y viendo el concejo de Madrid que iba á emprenderse tan espléndida y piadosa obra, resolvió no solo dar los ciento cincuenta mil ducados ofrecidos para ella, sino tambien ceder el sitio competente, señalando el que ocuparon las casas del duque de Medina de Rioseco, almirante de Castilla (que poco antes habian sido presa de las llamas), y estaban contiguas á la de la iglesia de Santa Maria, dando frente á lo que es hoy Arco

de la Armería, construido despues. Con lo cual dispuso el rey celebrar una funcion solemne para el acto de colocar la primera piedra del santo templo, señalando al efecto el dia de San Eugenio 15 de noviembre del mismo año de 1623; acto esplendoroso y patético, cuya inusitada pompa describen prolijamente los historiadores de esta sagrada imágen.

Juntáronse en palacio á las dos de la tarde de aquel dia cuantos habian de componer la solemne procesion por este órden.—Atabales.—Trompetas.—Niños desamparados y de la doctrina.—Pendones y cruces parroquiales.—Hermanos del Hospital General.—Comunidades religiosas de S. Juan de Dios, Mercenarios descalzos, Agustinos descalzos, Carmelitas descalzos, Clérigos menores, Padres de la compañía de Jesus, Mínimos de S. Francisco de Paula, Monjes gerónimos, Mercenarios, Trinitarios, Carmelitas, Agustinos, Franciscos, Dominicos, Basillos, Premostratenses, Bernardos y Benitos.—La cruz de Santa Maria la mayor de la Almudena, la del hospital de la córte ó del Buen-Suceso.—Los caballeros de las cuatro órdenes militares de Calatrava, Alcántara, San Juan y Santiago, con sus mantos capitulares, y en medio la clerecía.—Al lado derecho los Consejos supremos de Indias, Aragon, Portugal y Castilla.—Al izquierdo los de Hacienda Ordenes, Inquisicion é Italia.—Luego el cabildo eclesiástico.—La capilla real con su guion, capellanes de honor y predicadores. Tres caperos, el de en medio con el báculo.—El Nuncio de su santidad, de pontifical.—La imperial villa de Madrid.—La majestad del rey y señor D. Felipe IV con su hermano el Sr. D. Carlos (porque el infante cardenal D. Fernando estuvo en el balcon con la reina y la infanta D.ª María).—Los cardenales Zapata y Espinola.—Algunos obispos y el patriarca de las Indias.—Luego los Embajadores cerca de la persona real, los Grandes Títulos y criados de la real casa.

Colocados por este órden, salieron de Palacio, y subiendo por delante del convento de San Gil á la calle de Santiago, volvieron de allí á puerta de Guadalajara, bajando luego por la calle de la Almudena hasta el sitio designado, que estaba ricamente adornado con colgaduras y cuatro grandes altares en que se celebraron misas toda la mañana. Aquí, pues, con la ceremonia que prescribe el ritual romano, se puso la primera piedra fundamental del sagrado templo, depositándose tambien monedas de todos metales, y colocándose sobre dicho sitio una cruz de madera, que luego se hizo de piedra, y permaneció muchos años despues. El fénix de los ingenios, frey Lope de Vega Carpio, asistente á

(1) Autores consultados: Don Francisco Fuentes Viscarret, *Historia de la Almudena*.—Mariana, *Sumario de la Historia de España*.—Gerónimo Quintana, *Historia de Madrid*.—Gil Gonzalez Dávila, *Teatro de las grandezas de Madrid*.—Antonio Leon Pinelo, *Anales de Madrid*.—Don Juan de Vera Tarsis, *Historia de Ntra. Sra. de la Almudena*.—Lope de Vega, *Poema de Ntra. Sra. de la Almudena*, etc.

esta solemnidad en su triple carácter de caballero del hábito de San Juan, capellan de honor, y secretario familiar del santo oficio, la describe en su poema de *La Virgen de la Almudena*, en estas fáciles octavas.

A ver poner la piedra y fundamento que el edificio próspero asegura, Salió ISABEL, y estuvo el cielo atento, cual suele amanecer el alba pura; por un cristal miró su pensamiento, y el mundo entre sus velos, su hermosura; que si no le sirviera de cortina ¿quién pudiera mirar su luz divina?

No menos á su voto estaba atenta la hermosa y serenísima MARÍA, que cuando el sol de nuestro mar se ausenta puede formar su resplandor al día; y FERNANDO también, que representa la púrpura mayor, la monarquía del sucesor de Pedro en años tiernos tan digno de apostólicos gobiernos.

Como en el marco del balcon se vian al Oriente del alba semejante, iluminado cuadro parecian con la moldura y el cristal delante; por él con tanta luz resplandecian como se mira el celestial diamante cuando del sol en los dorados giros se mezclan esmeraldas y zafiros.

La plaza de Palacio atravesaban dos líneas de crucíferas banderas, que en escuadron marcial acompañaban verdes, rojas y cándidas veneras; los ecos de la música llamaban las aves de los bosques y riberas adonde el río, que en Madrid pretende, poco cristal en mucha arena estiende.

Iba el nuncio apostólico sagrado, (con justa causa Máximo Inocencio) con capa, mitra y báculo sagrado obligando á respeto y á silencio; ya del mismo pontífice traslado, apenas su presencia diferencio, que entre tanta sagrada clerecía el santo de la fiesta parecia.

FELIPE nuestro rey, nuestro divino monarca, á quien se humilla tierra tanta que se desmaya el sol en el camino y la oriental aurora se levanta; Aquel en cuyo templo cristalino habita un alma tan ilustre y santa que cuanto con los ángeles conviene en grado superior distinto tiene;

FELIPE, espectacion de todo el mundo; para virtudes, hijo del tercero, para prudencia, nieto del segundo, para hermosura, imagen del primero; con celo tanto, con ardor profundo de dar á España templo verdadero de su fe y religion, detrás venia á fundar el palacio de MARÍA.

A la columna de la fe que baña mayor plus ultra que del polo indiano, Don CARLOS serenísimo acompaña paralelo á su sol, su heróico hermano. La sucesion divina admira España del tercero Filipo soberano y de aquella preciosa MARGARITA que entre coros seráficos habita.

En medio de unas débiles ruinas que el fuego á tanta gloria las dispuso, y el arte con labores peregrinas de tapices auríferos compuso, estaba la señal que á las divinas aras mas justo Abel sangriento puso y á un lado abierto el sitio en que al cimiento daba primera piedra fundamento.

Las ceremonias de la Iglesia santa la colocaron con aplauso y fiesta; llora el hórrido infierno, el cielo canta, MADRID su gloria en luces manifiesta; desvela al arquitecto la gran planta de líneas y de círculos compuesta, y á la villa también la empresa ilustre del templo que ha de darla eterno lustre.

A pesar de todo este entusiasmo, y contra el vivísimo propósito de los monarcas y de la villa de Madrid en elevar el suntuoso templo catedral, no pudo tampoco entonces verse realizado este pensamiento, sin duda por las mismas contradicciones anteriores, y la escasez de recursos que ocasionaban las continuadas guerras de Flandes, Italia, Portugal y Cataluña; de suerte que pasó todo el dilatado reinado de Felipe IV sin que se hiciese mas en el asunto, antes bien abandonando al parecer el pensamiento del nuevo templo, se amplió, restauró y enriqueció el mezzuino de Santa María, donde continuó con gran magnificencia el culto de la antiquísima imagen de la Patrona de Madrid.

La villa por su parte, que no solo habia hecho el ofrecimiento de los 150,000 ducados, en una larga esposicion al rey (que inserta Vera Tassis en su *historia*), dió el

sitio, la traza y forma del edificio, y la del personal y dotacion de su cabildo, calculando el coste del primero, su fabricacion y ornamentos en 630,000 ducados, y propuso varios arbitrios para allegarlos; pero todo quedó abandonado, como decimos, durante casi un siglo que ocuparon el trono Felipe IV y su desdichado sucesor Carlos II, y no se volvió á tratar mas de asunto tan digno durante el reinado de la dinastía austriaca, que tantos tesoros prodigó para dotar á Madrid de multitud de templos y monasterios, todos medianos cuando mas, y poco dignos de la grandeza de la corte de las Españas. Por lo demás, ignoramos si los arquitectos de aquella época (aunque poco dignos sucesores de los Herreras y Moras) llegaron ó no á levantar los planos de la proyectada iglesia; pero de todos modos creemos que si lo hicieron y se han perdido, poco ó nada ganaria el arte con que hoy fuesen exhumados del polvo de los archivos.

II.

1736.

En los principios del siglo XVIII ascendió al trono español la augusta rama de Borbon en la persona del magnánimo Felipe V, y volvió á reproducirse, aunque incidentalmente, aquel noble y religioso pensamiento, de un modo mas espléndido y digno que en los siglos anteriores. Diremos cómo.

Cuando el primero de los Borbones españoles vió desaparecer el antiquísimo Alcázar real de Madrid, á impulsos de un horroroso incendio ocurrido en la noche de Navidad, 24 de diciembre de 1734, y cuando en virtud de aquella sensible catástrofe, que parecia providencial, miró arrancada esta página material de la historia de la dinastía austriaca su antecesora y antagonista, pensó inmediatamente en sustituir á la vetusta y severa morada de Carlos V y Felipe II un palacio digno de la grandeza é importancia del trono español, y de los modernos adelantos de las artes. Desgraciadamente estas habian venido en nuestra España, en el reinado anterior, á una decadencia solo comparable á la que experimentaban por entonces nuestra política, nuestra industria, nuestras ciencias y nuestra literatura, y especialmente el arte arquitectónico llegaba, segun la espresion feliz del señor Llaguno, «á un término tal en la línea de lo malo, que era imposible pasar adelante.»

Felipe V, verdadero restaurador de la monarquía española en política y en administracion, quiso también serlo en su cultura, y magnánimo protector de las ciencias y las artes, creó establecimientos propios para su cultivo, academias, bibliotecas y museos; premió con mano espléndida y liberal á los ingenios sobresalientes del país, y atrajo á él con inmensos sacrificios á algunos de los mas notables de Europa.

Viniéndosele á las manos, como pudiera decirse, la ocasion de restaurar el buen gusto en arquitectura, que habia desaparecido absolutamente de la corte española en manos de los Donosos, Riberas y Churriguera, llamó á Madrid, para encargarse de la obra del nuevo real palacio al presbítero don Felipe Jubara, natural de Messina, que estaba reputado por el primer arquitecto de la época, por las notabilísimas obras de arte que habia ejecutado en Italia; y á la verdad que esta reputacion colosal no era ciertamente injusta, ni las esperanzas de Felipe pudieron creerse defraudadas, al contemplar el magnífico plano del nuevo palacio propuesto por Jubara, y que á haberse llevado á efecto, hubiera sido, no solo el primero de su clase, sino también la maravilla de Europa.—El precioso modelo de dicho edificio, construido en madera bajo la direccion del propio Jubara y su sucesor, y que aun se guarda en el Buen-Retiro, demuestra bien aquel aserto; en cuanto á su magnitud, bastará decir, que habia de ocupar un cuadro de 1,700 piés horizontales por cada una de sus líneas, ó sea una superficie de 2.890,000 piés; y como para ello se necesitase tan grande espacio con el menor desnivel posible, eligió Jubara y propuso al rey para la construccion el llano de la puerta de San Bernardino; idea escelente, que adoptada, hubiera cambiado el porvenir de Madrid. Pero la voluntad absolutamente manifiesta de Felipe, fue que la construccion tuviese lugar en el mismo sitio que ocupaba el antiguo alcázar, y para ello hubo que reducir y variar radicalmente el proyecto de Jubara, si bien esto no fue ya obra suya, por haberle acometido la muerte á los pocos meses de su residencia en Madrid, falleciendo el día 31 de enero de 1736.

Habiendo designado él mismo por su sucesor, y el único que creia capaz de llevar á efecto tan grandiosa obra, á don Juan Bautista Saqueti, su discípulo, natural de Turin, fue llamado inmediatamente por el rey, llegando á Madrid en el mismo año de 1736; y encargándose inmediatamente de la empresa, modificó ó redujo el proyecto de Jubara al terreno designado por el rey, no sin insistir antes infructuosamente sobre la conveniencia de realizarlo en otro mas dilatado espacio. Esta elegante y espléndida construccion, que dió principio bajo la direccion de Saqueti en 1738, no llegó á verse terminada por el mismo, quien la emprendió, ni tampoco por su sucesor Felipe VI, ni estuvo en disposicion de ser habitada hasta que la ocupó Carlos III en 1.º de diciembre de 1774. Dos dias despues, y por una coincidencia singular, terminaba sus dias el distin-

guido Saqueti, á impulso de una penosa enfermedad.

Todos los amantes de las artes y del buen gusto pueden apreciar hoy en este suntuoso palacio las altas cualidades artísticas de Saqueti, su genio audaz para vencer las mas graves dificultades, sus elevadas miras y gusto especial y delicado. Todo esto ha sido tomado en cuenta y repetido muchas veces por los diferentes escritores y artistas que se han ocupado en la descripcion de este edificio, y todos han rendido á Saqueti el tributo de elogios, á que por su obra se hizo acreedor. Pero lo que ninguno ha dicho hasta ahora (silencio verdaderamente imperdonable en Ponz, Llaguno y Ceán Bermudez), es que el insigne Saqueti, obligado á construir el palacio en terreno dado y á vencer innumerables obstáculos inherentes al mismo, no solo lo llevó á cabo con superior inteligencia, sino que abarcando en su elevado pensamiento una estension considerable de espacio, para dar grandeza á la capital del reino, comodidad, desahogo y decorosas avenidas á la morada de los reyes, y variar el aspecto y condiciones de una buena parte de Madrid, levantó un preciosísimo plano de obras que habian de ejecutarse en todo el extremo occidental, ó sea el espacio comprendido entre la puerta de San Vicente á las Vistillas de San Francisco, avanzando por el interior de la poblacion hasta la calle del Arenal.

Este plano (que original se conserva en el archivo de la Real Casa, con la firma al pié de JUAN BAUTISTA SAQUETTI, ARQUITECTO, A 14 DE MARZO DE 1732, y del que tenemos un exactísimo calcado) consta de dos partes; una de la planta de todo el perímetro, edificios, jardines y demás obras proyectadas, y la otra del alzado ó perspectiva exterior que habian de ofrecer aquellos despues de realizado del uno al otro extremo de la línea.

No podemos detenernos ni creemos del caso detallar todo este grandioso plan, por su formidable estension, y porque ya lo han hecho innecesario en parte las nuevas construcciones. Bastará solo á nuestro propósito decir que las de la izquierda y frente del palacio real (visto del exterior), ó sea el Campo del Moro y Caballerizas y bajada de San Vicente, son poco mas ó menos las que realmente se llevaron á cabo en el reinado de Carlos III, y se han continuado en el de su augusta nieta la reina doña Isabel II; que á la plaza de Oriente, ocupada entonces por el Jardín de la Priora, y una multitud de casas que ahogaban al palacio y que desaparecieron en el tiempo de José Napoleon, la daba Saqueti distinta forma, aunque no creemos haya perdido en la bella y espléndida de jardín que hoy ostenta; que á la del Mediodía la regularizaba en los términos que nuestra actual soberana ha emprendido continuar, prolongando la galería ó pórticos laterales hasta el edificio de la Armeria; que este, segun el mismo plan de Saqueti (que hoy se sigue), habia de desaparecer y ser sustituido por una gran verja de hierro, y del otro lado una ante-plaza cuadrilonga con soportales hasta la calle Mayor ó Cuesta de la Vega; y por último, que desde esta, ó sea desde el principio de la calle Mayor, prolongaba Saqueti la galería izquierda del palacio, haciéndola atravesar sobre un puente la hondonada que forma la calle de Segovia, y yendo á concluir en el rellano de las Vistillas, donde suponía también otra puerta y edificio suntuoso.

Por lo que hace hoy á nuestro especial propósito, diremos, que á las espaldas de la iglesia de Santa María, en la plazuela que está detrás hasta la plaza de Oriente (poco mas ó menos donde se colocó la primera piedra en tiempo de Felipe IV), proyectaba Saqueti la construccion de la *Catedral de Madrid*, que con su elegante aspecto habia de realzar notablemente todo aquel espléndido distrito y dar á Madrid una vista magnífica. A fin de que nuestros lectores puedan formarse una idea de esta parte de tan grandioso como poco conocido proyecto, acompañamos á este artículo con la parte de él comprensiva del alzado, vista exterior desde el Palacio á las Vistillas, y de la planta y alzado de la iglesia catedral (1).

III.

1859.

Hoy, que la piedad de nuestra augusta reina ha renovado el grandioso pensamiento de levantar una iglesia catedral en Madrid, que por el concordato vigente ha de erigirse en silla episcopal, y que una junta de doctos y elevados personajes presidida por el mismo rey consorte, se ocupa en designar el sitio, los medios y los planos para realizar tan suntuosa obra, nos parece del caso contribuir á formar la opinion pública sobre ella, y exhumar la historia de este negocio.

Por ella se ve que el local que siempre se ha designado en las diversas tentativas hechas para levantar este monumento, y en nuestra opinion, el único sitio tradicional, histórico y oportuno, es el comprendido entre el Arco de palacio y la calle Mayor; por allí tuvo origen la villa de Madrid; allí se elevó su primera y antiquísima puerta; en aquellos muros fue hallada su santa patrona; allí están su calle Mayor, sus Casas Consistoriales, su Iglesia primitiva y su Alcázar real.

Aunque sin los datos convenientes ni los conocimientos indispensables para resolver de plano la cuestion, y únicamente guiados por el buen deseo y por el simple aspecto de la localidad, parecenos que suponiendo una

(1) No habiéndose concluido los grabados para este número, irán en el próximo.

cion al liceo de Santiago inflamado por el amor de la patria.

En medio del furor de la batalla,
con la sublime inspiracion de Homero
al horrído fragor de la metralla,
quisiera yo entonar canto guerrero...
que al militar estruendo del combate
libre en el pecho el corazon me late.

¿Qué magnífico similitud cuando dirigiéndose á una pros-
tituta la dice :

Haz cuenta que fuiste un cuadro
que con diestras pinceladas
en sus horas inspiradas
un grande artista pintó:
que vino otro artista rudo
y con intencion impura
aquella hermosa pintura
en sucio borron trocó.

Pero ¿á dónde iríamos á parar si citásemos todas las
bellezas de primer orden, todos los lugares en que se ve
brillar el génio de su autor en ese precioso libro que Aguirre
no vió terminado (2)? Seria necesario copiarlo todo.
Permitásemos sin embargo, citar aun algunos trozos
para hacer ver como sabia el poeta recorrer con igual
maestría todas las cuerdas de su lira, y entonar sus ins-
pirados cantos en todos géneros. En la composicion «á
D. F. de Quevedo,» qué admirable manera de mane-
jar la sátira! Se dirige á aquel insigne poeta, y despues
de decirle que si hubiera vivido en nuestro siglo, hubie-
ra tenido larga materia para su sarcasmo, continúa

Porque en verdad el siglo en que viviste
aunque pródigo en lances y aventuras,
y aunque en él á tus anchas te reiste
de sus raras locuras,
como que nunca un fósforo encendiste
de muchas cosas te quedaste á oscuras.

¿Qué bien al terminar esa misma poesía abandona la
sátira para dar salida á una expansion de sentimientos
mortificados por la sociedad que le rodeaba. Quevedo
mismo hubiera aceptado este bellissimo trozo.

Yo que con los caprichos de esa escuela (3)
como buen español no me acomodo,
y como de mi trage cuido poco
y del vano exterior no hago reparo,
ellos, locos quizá... me llaman loco:
y ellas, raras tal vez, me llaman raro.
Y loco y raro con dolor profundo
ambos apodos sobre mí llevando
sigo la farsa del revuelto mundo,
unas veces riendo... otras rabiando,
y tanto con su farsa me confundo
que por farsa tambien voy farseando.

Y en otra página de ese libro, que décimas con tanto
sabor á las imitables de nuestros antiguos poetas
aquellas que con el título de «Amor» empiezan

Cesen mujer tus enojos
que son injustos á fe,
con quien esclavo se ve
de la lumbre de tus ojos.
Tórnese á tus lábios rojos
tu hechicero sonreír
y acábase mi sufrir;
que si para amarme vives
no sé cómo no concibes
que te amo para vivir.

¿Qué pintura de afectos al hablar de las lágrimas

Cuando en lucha irresistible
en nuestro interior batallan
el deseo de esconderlas
con el afán de llorarlas,
hasta que al fin de los ojos
por su propio peso saltan.

Y qué sublime la idea de la muerte cuando dice

Que la muerte
es un ángel que baja misterioso,
y á los supremos goces de otra vida
mensajero del cielo nos convida.

Y por último, qué amor tan grande, tan puro, y tan
verdadero se revela en el romance á su amada de que
forman parte estos versos:

Amor, que la flor revive
de mi *esperanza* marchita,
que mis *dudas* esclarece
y mi *fe* mantiene viva.
Blanco cendal donde enjugo
las lágrimas desprendidas,
de mis ojos, cuando lloran
las mundanales falsías.

Norte de mis ambiciones,

gérmen de mi poesía,

único y luciente faro
que á la gloria me encamina:
página la mas hermosa
de la historia de mi vida.

¿Y despues de todo lo que habeis oido, dudareis que
Aurelio era poeta? ¡Ah! poeta sí, y poeta de los escogi-
dos entre los buenos; poeta que sin haber salido del es-
trecho círculo de su provincia, llenará con su nombre el
mundo donde quiera que haya corazones entusiastas de
lo grande, de lo bello, y de lo sublime; poeta, que so-
brevivirá á nuestro siglo, y cuyo recuerdo glorioso se al-
zará sobre el inmenso lago del olvido que oculta en su
seno las generaciones que mueren.

En 1857, cuando se despedía de sus amigos de San-
tiago para dirigirse á la Coruña, les decía

¡No sé qué playa al abordar me espera!
¡Misterio ingrato á mis profanos ojos!
Mas si naufrago, llevo á la ribera,
cuando el mundo recoja mis despojos,
era artista en sentir; habrá quien diga
pero su estrella le alumbró enemiga.

¡Pobre Aurelio! ¡Cómo predijo su muerte, cuál si su
espíritu superior leyese al través del espacio y del por-
venir su destino. ¡Pobre Aurelio!... Pero decimos mal:
quizá haya sido afortunado. Era su corazon muy grande
y muy sensible para vivir en el mundo. ¿Quién sabe si
Dios permitió que muriese antes de que perdiera su *fé* y
su *esperanza*?... ¡Oh! ¡el escepticismo de Aurelio hu-
biera sido horrible!

Adios sombra sagrada del poeta. Perdona si mi pluma
atrevida te ha evocado. La ligera marcha con que el des-
tino me llevaba por tu patria no me dejó poner una
flor sobre tu sepulcro. Hoy consagro en ofrenda á tu ji-
gante génio mi admiracion y mi entusiasmo. Quizá no te
haya comprendido lo bastante, porque al génio solo
puede comprenderle el génio; pero si tu espíritu escucha
mis palabras acoge el voto de mi corazon.

¡Quién de tí fuera digno y su memoria
con tu nombre enlazara y con tu gloria.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

EL DESTINO DEL POETA.

Aun es niño, aun balbuciente
Sus pensamientos espresa,
Y ya *amor* con voz sonora
Sabe pronunciar su lengua.

Por su Dios luego le aclama,
Y en ilusiones risueñas
Fundó en su rendido culto
Su felicidad suprema.

¡Ah! mil veces venturoso
Si cual en su edad primera
Mirase siempre del mundo
La seductora apariencia.

Mas ¡ay! que como á las flores
Sus galas el viento lleva,
Le despoja el desengaño
De sus mágicas quimeras;

Y entre mil rabiosas luchas
Rasga sus entrañas mismas
Por sacar el dardo agudo
Que el corazon le atraviesa.—

Gloria despues ambiciona,
Y á las regiones etéreas
Del fuego en pos que le inflama
Rápido volar quisiera.

Huye el sueño de sus ojos,
Y en larga y penosa vela
Ganar el laurel pretende
Que siempre verde se ostenta.

Pálida entonces la envidia
Con la estupidez se estrecha,
Y con asechanzas viles
Le mueven furiosa guerra.—

Asi en continua borrasca
El mundo cruza el Poeta,
Esclavo de un pensamiento
Que le adula y le atormenta.

Y cuando el último paso
Da del vivir en la senda,
Y el postrer aliento exhala
En soledad y pobreza;

Cuando descende al sepulcro,
Y aquella frente soberbia
Que de un Dios se creyó trono,
Despojo espantable rueda:

O como una leve gota
Que en el vasto mar se echa
Se une de los que ya fueron
A la multitud inmensa,

O un nombre deja á los vivos
Que repiten y celebran
Por apropiarse egoistas
La gloria que ingratos niegan.

ZACARIAS ACOSTA Y LOZANO.

MAXIMAS MORALES.

Los viejos son amigos que se van, y debemos de con-
siguiente despedirles con buenos modos.

Es una señal que previene á favor de un jóven cuando
dicen de él los viejos que es atento.

Debemos honrar á los viejos, al menos por la seme-
janza que les da su edad con nuestros padres.

Pedir consejos á los ancianos, como preguntamos el
camino que debemos seguir á un viajero que regresa del
punto donde nosotros vamos, á mas de ser útil, es un
medio de complacerles, como se complace al viajero á
quien se proporciona ocasion de contar sus peregrina-
ciones.

Le gusta al viejo creer que su debilidad es una per-
feccion, que sus enfermedades son virtudes, y que la
fuerza del hombre se halla en su decadencia; pero no
está siempre de eso tan seguro que no le causemos ale-
gría afectando acerca del particular participar de sus
opiniones. En sus conversaciones con un viejo, un jóven
le cae siempre en gracia si considera su sabia exhorbi-
tante como una especie de calentura ó de usagre, y ma-
nifiesta que se halla en medio de una corriente peligrosa
que el viejo ha cruzado felizmente antes de descansar en
la orilla opuesta.

Se deben prodigar á los viejos los mismos cuidados que
á los niños, con los cuales tienen muchos puntos de con-
tacto. Procurad, sin embargo, si ayudais á un viejo á
bajar una escalera ó á pasar un rio, ocultarle la piedad
que os inspira, de modo que atribuya vuestro proceder
á una muestra de respeto. Si le ofrecéis el brazo en un
mal camino, conviene le hagais creer que al acomodar
vuestro paso al suyo, solo os proponéis escucharle, y que
pensais que el vigor que abandonó sus piernas, se halla
refugiado en su cabeza.

Dejar á un viejo considerarse feliz con su ancianidad,
y manifestar orgullo por no ser jóven, es uno de los pla-
ceres mas delicados que puede darse un corazon bon-
dadero.

En vuestras relaciones con los viejos, dad ejemplo de
las consideraciones que deseareis encontrar cuando lo
seais, y sobre ellas estableced vuestros derechos.

No honrar la vejez, es demoler por la mañana la casa
en que tendremos que albergarnos por la noche.

No se deben atribuir á la vejez todos los defectos de los
viejos.

Un viejo que chochea ha nacido chocho, ó al menos
ha sido en su juventud un parlanchin. Se ven pocos vie-
jos amables, porque hay pocos hombres que lo sean.

ALFONSO KARR.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Es objeto general de las conversaciones en París un
médico de Java que dicen que cura el cáncer de una ma-
nera que no hay mas que pedir. De todas partes acuden
enfermos cancerosos á llamar á las puertas del médico ja-
vanés, el cual les dispensa su antídoto y les deja cura-
dos en poco tiempo. Un médico de este género necesitaria
la sociedad en que vivimos para curarse del cáncer que la
corroe; pero hasta el presente, por mas que se han pre-
sentado doctores con la pretension de poseer el antídoto,
no sabemos de ninguno que haya producido efecto. Bueno
es empezar por algo, y ya que no se pueda por ahora cu-
rar el cáncer moral, curemos á lo menos el material á
los que de él padecen. Los médicos franceses al principio
se oponian á que el médico indio se entrometiera á curar
lo que ellos no curaban; parciales demasiado atrevi-
miento devolver la salud á los que ellos habian decla-
rado incurables; y alegaban que no teniendo título para
ejercer la profesion, no debia permitírsele administrar su
medicamento. Otro tanto sucede en España, pero asi
como entre nosotros se suelen dar títulos á personas que
no han hecho los estudios competentes, del mismo modo
en París por un decreto imperial se ha habilitado al *doctor*
negro, como dicen que se llama, para ejercer la medi-
cina en el ramo de cánceres, que es como si dijéramos
terreno baldío que está por esplotar. Esta noticia y la de
un baile dado por el ayuntamiento de París en honor de
la princesa Clotilde que bailó una contradanza con el al-

(2) Ensayos poéticos de Aurelio Aguirre Galarraga.—Santiago:
establecimiento tipográfico de Mirás, 1858.

(3) Se refiere á la multitud que se cree sabia y erudita con ha-
ber leído algunas novelas ó traducido algunas frases del francés.



EL CARNAVAL EN EL PRADO.

calde, es todo lo que ha ocurrido de importancia allende los Pirineos en la quincena última.

De Londres escriben que un escritor español ha salido para América, á donde va á llevar una grande idea, que ha de hacer la felicidad de las provincias hispano-americanas. Sentiríamos mucho que el buque que lleva á este escritor y á su idea sufriese en el Océano algun percance. Nosotros en su lugar no habríamos puesto nuestra idea á los riesgos de una navegacion transatlántica, y antes de embarcarnos la hubiéramos revelado á la Europa, la cual, como vieja y habladora, no habria dejado de divulgarla con todos sus pormenores, incluso el nombre y señas de su autor.

A propósito de América, diremos que el gobierno ha dado en estos dias un decreto importante: el llamamiento á una exposicion de los productos de la agricultura, la industria y las artes hispano-lusitano-americanas. Esta exposicion se celebrará en Madrid en abril de 1862, y á ella serán admitidos los productos españoles, los portugueses, los de las provincias españolas de Ultramar y los de las repúblicas de América donde se habla el idioma español. Con este decreto han salido á luz los nombramientos para el gran jurado de la exposicion, del cual formarán parte varias personas notables, generales, ex-ministros, hombres de Estado, agricultores, botánicos, arquitectos. Un nombre ha echado de menos la prensa en este catálogo y es el de D. Eduardo Asquerino, director del periódico la América y promotor de la idea de la exposicion. Esta junta, del mismo modo que la que entiende en la proyectada catedral madrileña, será presidida por el rey.

Respecto de la catedral, se nos ha dicho que se ha designado para levantarla el sitio que ahora ocupa el cuartel de artillería á la entrada del Retiro, y que se tomarán al efecto un millon de piés de terreno. ¿Será verdad? ¿Qué género de fábrica se va á levantar sobre tan vasto espacio? Será como la casa dorada que fabricó cierto emperador de Roma, ó como el gran hospital que edificó en la misma ciudad San Juan Crisóstomo. Seguramente, para levantar una fabrica monumental en tan inmenso recinto, se necesitan mas de veinte y cinco años sin dejar de trabajar. Mucho celebraremos poder oír la primera misa en este grandioso templo. Entre tanto tenemos el sentimiento de anunciar que se ha hundido una de las naves laterales de la magnífica catedral de Leon.

Estos hundimientos siempre amenazan antes de realizarse, y así es que el de que se trata estuvo amenazando

mucho tiempo. Consultada la academia de San Fernando, se trató de enviar á la ciudad de Leon á un aventajado arquitecto; pero como no era miembro de aquella ilustre corporacion, tal vez no se le juzgó suficientemente caracterizado para evitar el mal que amenazaba al templo. Eligióse una persona grave y de campanillas, que fue allá, y examinó la fábrica, y vino, y cogió el compás, y el tira-líneas, y la tinta de china, y se puso á hacer los planos de la obra; pero mientras los hacia, la nave de la catedral, sin consideracion á que ya se estaban haciendo los planos para evitar su caída, sin miramiento á la autoridad de la academia de San Fernando y del individuo de su seno que se habia dignado hacer un viaje á verla, se vino al suelo bonitamente. De manera que por no haber tenido un poco de paciencia, tiene el académico que volver á Leon y hacer nuevos planos.

Por fin, en la Zarzuela se representó el *Robo de las Sabinas*, produccion de los señores García Gutierrez y Barbieri. La música de esta pieza es digna de la reputacion de su autor. No sucede lo mismo respecto del libreto; aunque se echa de ver en él la mano maestra del señor García Gutierrez, todavía deja bastante que desear en punto á interés y á buenas situaciones cómicas. *El Firmante*, zarzuela que se estrenó el otro dia, carece de interés y fue recibida del público con frialdad. Esperamos que las *Distracciones* y el *Juan sin pena*, que están para representarse tengan mejor éxito. Para la cuaresma el activo empresario señor Salas, prepara agradables conciertos que la prensa ha llamado *clásico-religiosos*, y en los cuales se ejecutarán el *Stabat Mater*, de Rossini, oratorios de Mozart y de Haydn y diferentes piezas de óperas. Despues para el verano se susurra entre los amigos que tendremos lo que llaman los franceses *matinées musicales*, ó sean conciertos matutinos, y algunos se adelantan á prometer la venida de la Penca para dar desde 1.º de junio veinte representaciones de ópera con Belart y el mismo Salas, que tantos laureles ha recogido en este género.

En el Príncipe se ha representado con buen éxito *La culebra en el pecho*, original de don Javier Ramirez, que fue llamado á la escena con los actores. La ejecucion en efecto fue esmerada, sobresaliendo la Valverde y Osorio.

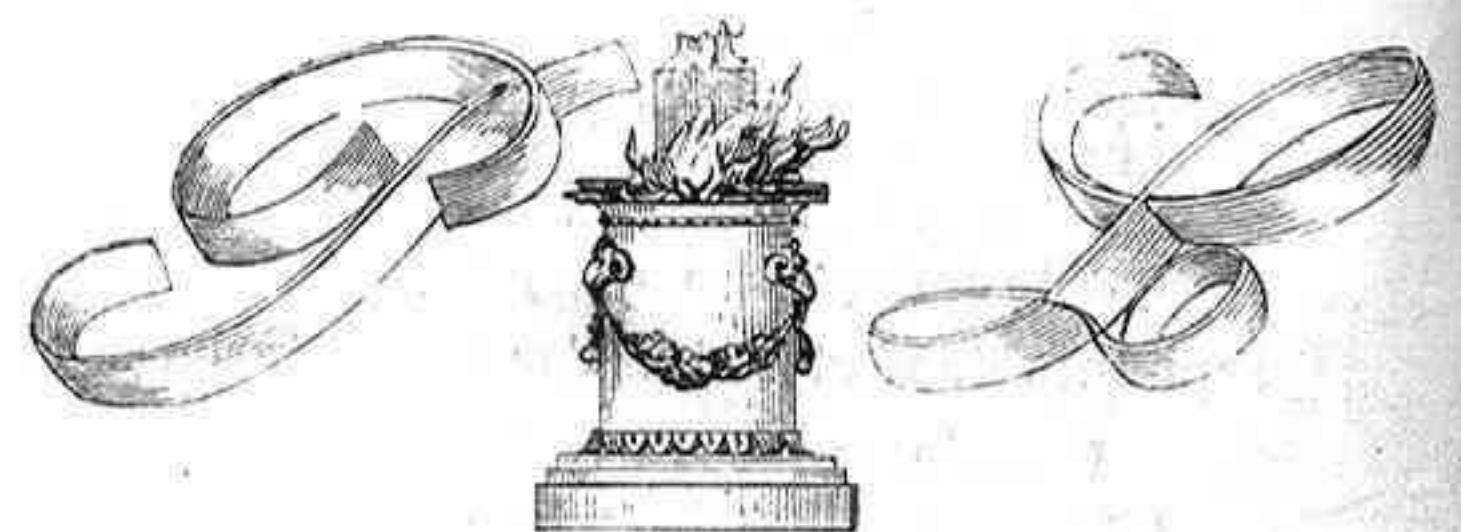
La Matilde Diez ha suspendido hasta despues del carnaval sus representaciones en el Circo; y entre tanto este teatro ofrecerá al público, segun dicen, alguna produccion nueva. La Teodora ha sido muy aplaudida en la *Rica hembra*.

Novedades se encuentra en estado de crisálida, y creemos que concluido en breve el periodo de su metamorfosis,

volverá á anudar el hilo roto de sus representaciones.

Por esta revista, y por la parte no firmada de este número,
NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

Geroglífico.



A I



La solucion en el número próximo.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

Porfia mata la caza.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG.—IMP. DE GASPAS Y ROIG.
EDITORES. MADRID: PRÍNCIPE, 4, 1859.